

tales de campaña y cuestiones sanitarias en general. Durante la guerra franco-prusiana de 1870-71 fué consejero oficial de Sanidad de ambos Ejércitos. Toda Inglaterra aprendió de memoria las estrofas del poema compuesto en su honor por el gran poeta Longfellow y titulado «Santa Filomela». (Filomela es ruseñor en griego. Recuérdese el significado del apellido de la heroína.) En 1907 el Gobierno inglés le concedió la preciada condecoración de la Orden del Mérito, siendo la primera mujer que la ostentó. Publicó diversos libros importantes referentes a sus experiencias.

Sus últimos años los pasó casi inválida, pero con la mente lúcida continuaba aconsejando a las organizaciones sanitarias públicas y privadas de todo el mundo que se dirigían a ella antes de construir hospitales, sanatorios, asilos, etc. Cuando murió en Londres el 13 de agosto de 1910, Inglaterra se conmovió casi tanto como con el fallecimiento de la Reina Victoria. Con ra-

zón, porque, después de su Soberana, la virtuosa y filantrópica creadora de las modernas enfermeras fué la mujer inglesa más merecedora de universal admiración.

Su memoria debe ser venerada por todos, ya que a su talento, su abnegación y su tenacidad se deben el alivio físico y moral de los dolores de muchos millones de soldados y de civiles, de niños, mujeres y ancianos, cariñosamente atendidos por millares de mujeres que viven, bajo el uniforme blanco de su profesión, una vida admirable de sacrificio y amor al prójimo, lo mismo en los hospitales de campaña que en los de la paz. Florencia Nightingale fué quien hizo posible la altura y el prestigio de que hoy gozan en el mundo esas mujeres a quienes, con toda admiración —y en recuerdo de la luz que irradiaba de sus batas blancas en el hospitalillo de la Ciudad Universitaria de Madrid el año 1938—, dedico esta pequeña historia de su gran precursora.

